

lo no-manifestado, por el cual se opera el retorno a lo inmutable eterno del Principio supremo, fuera del cual nada puede existir más que de modo ilusorio» (11).

Los mazdeístas poseían en su religión un edificio de gran valor cúltico y sagrado: la Torre del Silencio. Cuando un mardeísta moría, su cadáver era llevado hasta la Torre del Silencio y depositado sobre un altar a la sazón ubicado dentro de la construcción. Se dejaba allí el cadáver hasta que los buitres bajaban del cielo y devoraban el cuerpo recién fallecido, pues entre los mazdeístas se consideraba la corrupción y la incineración de los muertos como graves impurezas. Por eso, se ofrecían los cuerpos yertos a los buitres hasta que no quedaran de aquéllos otra cosa que sus blancos huesos calcinados por el sol. De esta manera eran eliminadas las impurezas de la carne corrupta. El acceso a la justificación del símbolo inverificable pasa también por una Torre del Silencio hasta llegar a la pureza del desnudo concepto de símbolo.

(11) René Guénon, *Introduction générale à l'étude des doctrines hindoues*, p. 202. París, Les Editions Vége, 1976. La traducción de la cita es nuestra.

RUY JUNTO AL UBIERNA FERNANDO QUIÑONES

*¡Sí: váyase a río de Ubierna los molinos a picar
y a cobrar maquilas como las suele cobrar!*

Los molinos se fueron,
las mieses siguen.
Mil fanegas de trigo,
media de mimbres.

Y sigue el cauce angosto, casi
en seco ahora entre lo oscuro.
Junto a él nos mira el niño. Ruy.
No parece que se haya ido
todavía o del todo.
De algún modo nos mira por lo oscuro de fuera.
(¿Quién le daría sus hijas con los de Carrión casar?)

Se fueron los molinos, se acercaron las altas
torres, si no es que no
son ya también el lugar mismo.
No cabe cabalgada.
No daría tiempo entre Vivar y Burgos
a que al salir lo hicieran con buen pie,
el pájaro agorero del lado favorable
(ovieron la corneja diestra)
para torcerse todo luego
según se les torció
(ed entrando a Burgos oviéronla siniestra).

Del libro en preparación *Las crónicas de Castilla*.

En el bar de Vivar
nos ensordece y quita la palabra
el Gran Domingo Televisionero.
Pero afuera, en lo oscuro, nos mira todavía
el niño. Ruy. Por ahí.
En algún lado de las orillas sequeranas
y anochecidas. Muerto y vivo.
Chico y mayor. Por entre el viento austero
y la sombra maciza (cuánto,
cuánto frío de golpe).

El nos mira y va a defendernos
otra vez algún día. Apenas crezca
y aunque esto no es frontera ya
ni los vascos de Sancho tratarán esta noche de asaltarla.
De otras y tantas cosas defiéndannos ahora
el mozo y su buen padre Diego Laínez.
¡Cuán lídía bien sobre exorado arzón!
¡Venga, Ruy, al ladrón
de casa y al de afuera!
Los malos mestureros...
Sírvannos otra vez, señor, tu mesnada y tu mano
puesto que en buena hora ceñisteis espada
y
devos Dios malas gracias, ay norteamericano
que nos andas ganando alma y solar.
¡Quién nos daría nuevas de Mio Cid el de Vivar!

SEIS POEMAS

CLARA JANES

MARIA ZAMBRANO. TRAS UNA CONVERSACION
CON RAFAEL MARTINEZ NADAL

En tanto que a la luna la cicuta,
orante, se extasía en resplandores,
tus ojos en lo oscuro se sumergen
en pos de la visión sustentadora.
Rasga el aire el maullido y la piedra
inviste condición ya de ruina,
mientras tu ser en fuente se traduce
y alcanza la lustral protopalabra,
en vela, corazón, desde los íferos.

PARA ROSA CHACEL, ENTREGANDOLE UNA
DEL DESIERTO EN EL DIA DE SU CUMPLEAÑOS

Las rosas rojas de indetenible aliento
cuya energía nubil de capullo
en esplendor y aroma se transforma,
testigo son de plenitud y de tránsito.
Esta pequeña piedra, sin embargo,
no entra en competencia con el tiempo,
no le teme al no ser, pues ser le basta,
y bellamente, en silencio total,
la perfección de lo imposible muestra.